



Nº 7

LUNES 25 DE NOVIEMBRE DE 1996

Nuestras ruinas monumentales

## La Piramide de Xochicalco



Vista de la pirámide de la Serpiente Emplumada, publicada por Nature en 1886.

El forcejeo del gañan que trata de domeñar un pozo y la meditación del hombre de letras que pugna por resolver una incógnita, constituyen, en el fondo, una misma actitud psicológica. Inspirada por el espíritu de dominio característico del hombre, espíritu que en quienes no se manifiesta en gestos de violencia ante la fuerza, se denuncia en gestos de rebeldía ante el enigma. En nuestro papel de reyes o reyezuelos del mundo, no podemos resignarnos de grado a la existencia de un sólo misterio, porque un misterio es como una región levantisca substraida a nuestro yugo, es una provocación a nuestro

orgullo de capataces de la naturaleza y una limitación a nuestra autoridad de vencedores.

Tal vez por eso, Xochicalco fascina a quien lo contempla, porque en Xochicalco todo es enigma, hasta su mismo nombre de "casa de flores" (xóchitl, flor; calli, casa; co, lugar) absurdo para denominar un templo en cuyos parámetros no hay una sola representación floral.

Tampoco el paisaje justifica tal denominación: tierras áspers, calcinadas y montuosas, más semejantes a las re-

giones guerrerenses que a las feraces comarcas de Moctel. Desde luego se piensa, y ésta es una observación que debe ser considerada, que un sitio así sólo pudo ser elegido para asiento de una raza habituada a los climas tórridos, acaso a las ardientes yucatecas.

Hay vegetación, es cierto, vegetación cenicienta de tierras quemadas y aun podría decirse que en ese género, la hay en exceso y precisamente a ello se debe en parte la devastación del templo. Esta leguminosa de aspecto

Por favor pase a la página 12

## Editorial

Felicidades a Santa Cecilia y sus músicos tradicionales

H. Rafael Gutiérrez Y.

Hay en la cañada de Cuernavaca sobre el camino que va a Xilutepc a Zacatepec un Pueblo nombrado Tezoyuca que está dedicado a Santa Cecilia, patrona de la música: en esta semana en que se festeja su festividad es interesante recordarlo porque no hay muchos pueblos que estén dedicados a esta santa.

Casi al término del segundo milenio cristiano, parecen repetirse las utopías milenarias: entre ellas el tratar de hacer que retorne la música que desde la época prehispánica, en nuestras raíces americanas, formó parte de nuestra identidad a través de las tradiciones: como llegó la música a la tierra. Resulta que, según la leyenda que nos narra don Angel María Garibay el temible Júpiter europeo y Tezcatlipoca americano dijo al dios del Viento: "ve a través del mar y llega a la casa del Sol. El tiene en su alrededor muchos cantores y músicos, muchos que tocan la flauta, que le cantan y le sirven Vengan ellos con sus instrumentos, para que alegren al hombre y me sirvan y veneren, dijo, y desapareció...

Cuando llegó a la casa del Sol, éste lo vio venir y dijo: "Mirad, he aquí aquel desdichado que

Por favor pase a la página 14

## Directorio

Director general: Eolo Pacheco Rodríguez  
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes  
Presidente: Lic. Rafael Tovar y de Teresa  
Dirección General de Culturas Populares

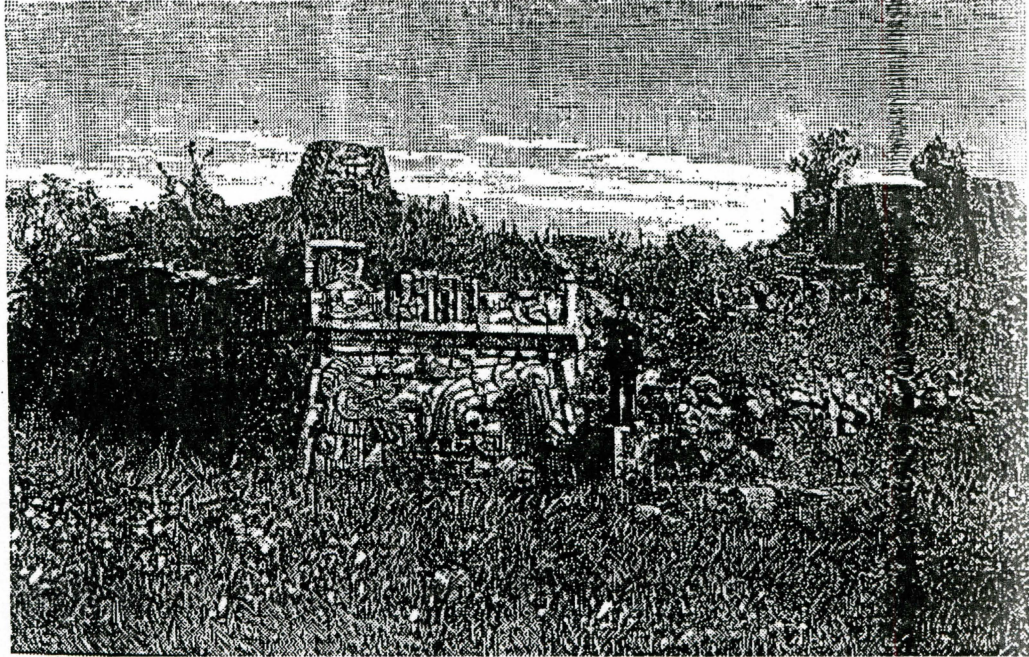
Director: Historiador José Ithurriaga  
Delegada: Biol. Eduardo Hernández Cortés  
Coordinador: Francisco Suástegui Torres  
Colaboradores: Salvador Melquiades Martínez, Griselda Guezada de la Rosa, Adriana Monroy Pérez, Tonantzín Ortiz Rodríguez, Norma Zamarrón de León  
Apoyo mecanográfico: Yolanda Rivas Avella

## Xochicalco

Viene de la portada del suplemento

Inofensivo, que los indígenas llaman "huaxi", al brotar entre las juntas de las piedras acabó por separarlas; estos amates musculados con un brazo atlético, estos extraños "árboles del papel", tan buscados por los antiguos escribas para preparar con sus cortezas los códigos y los libros de tributos, han actuado como poderosas palancas y han desquiciado los labrados sillares.

Sin embargo, sus estragos fueron menores que los realizados por los antiguos hacendados españoles de los contornos. El P. Alzate, en México, y el P. Márquez, en Roma, denunciaron, para escarmio de las generaciones, el nombre del primer vándalo: "fue un tal Estrada", dice con rencoroso desprecio el sabio astrónomo. Este Eróstrato, que no tuvo siquiera la sed de inmortalidad del loco de Efeso, destruyó los relieves incomparables para aprovechar en las calderas de su ingenio las propiedades refractarias de sus piedras traquíticas. Fue así como unos mercaderes de azúcar destruyeron una de las grandes claves de nuestra historia.



La Serpiente Emplumada, en la pirámide de Xochicalco.

Quizás el templo nunca tuvo los cinco cuerpos que el atribuyera su descubridor arqueológico, Alzate, ni alcanzaría la altura de 20 metros que le calculara Humboldt. Arquitectónica y estéticamente resulta absurda esa elevación sobre un cuadrilátero de 18 m. 61 en sus lados E. y W., por 21 m. 35 en los otros dos; pero de cualquier modo, el despojo consumado fue considerable.

Casi un siglo después de ese despojo, los soldados franceses de la mente horrible, al devastar la región en la estéril búsqueda del tesoro que según la conseja, se oculta en Xochicalco.

Fue entonces cuando fracturaron un monolito, al bajarlo por el ángulo SE, del cerro Coatzl. Por fortuna, la devoción de los indios salvó los fragmentos que los nativos de Coenatpec y los de Tetlama, se disputaron con violencia, hasta que un extraño sueño premonitorio vino a decidir la cuestión. Una noche, según narra Peñafiel, el alcalde tetlameco soñó que "la diosa se iba". Despertó sobresaltado y comunicó su visión al pueblo. El pueblo inmediatamente se dirigió en masa hacia el Coatzl y ahí, en efecto, sorprendió a los de Coenatpec, que se estaban robando el ídolo.

La acción debe haberse resuelto en favor de los de Tetlama; pues tiempo después, al practicarse la acotación de los terrenos, se confió a su alcalde el honroso encargo de cuidar de la "diosa", a la cual tuvieron luego que defender de los emisarios del Museo Nacional que pretendieron inútilmente traérsela.

Desde entonces la "diosa", que a juzgar por el monolito que cuelga de su cintura es un "dios", pasó al atrio de la iglesia de Tetlama, si no a compartir el

culto cristiano, por lo menos, a recibir las excesivas muestras de respeto de sus defensores.

No sé si todavía, como ocurriera hasta hace algún tiempo, los indios ejecutaran ante la piedra curiosas danzas, para que sus hijas doncellas "no queden sin marido"; pero sí me consta que la "diosa" es para los tetlamecos lo que la pila bautismal de "esmeralda" de la catedral ligur es para los genoveses. En cuanto un visitante se aproxima a observar el monolito, los nativos, desconfiados y recelosos, lo cercan de un modo inquietante. Sin embargo si uno los respeta, se muestran hospitalarios y serviciales y se puede obtener de ellos todo lo que uno guste, menos que le muestren un raro pergamino, un códice que guardan bajo siete llaves en la alcaldía, y que está pintado con los jeroglíficos de Xochicalco, y otros pueblos comarcanos, pues quizá no es más que un antiguo título de propiedad revaleado por los españoles.

En las pintorescas callejuelas de Tetlama hay cruces construidas, según pude observar, con fragmentos de la pirámide, ya que, según me informaron, nunca se han encontrado restos arqueológicos ni en el suelo ni en el subsuelo del pueblo.

Aproximadamente a una hora de camino se llega a Xochicalco.

En la cima de una de las colinas que forman los últimos contrafuertes de la Sierra de los Perillos, se levanta un cuerpo arquitectónico de 4. 37 de altura, cuya techumbre sirve de sostén a un segundo cuerpo de 2 m. 57, los cuales, sumados a los primeros, dan al monumento una altura total de 6 m. 94 cms. Los muros, en talud, están esculpidos en

sobrios relieves de 7 a 10 cms. de profundidad, y representan, en sus cuatro caras, una especie de enormes serpientes emplumadas, exornada con cortes de caracol y con las fauces abiertas, proyectando hacia su mismo cuerpo una lengua bifida, que también puede ser una llamarada o un chorro de agua.

Desde el punto de vista artístico, se trata de una obra maestra y no existe, en mi concepto, en toda la Meseta Central, un monumento que pueda rivalizar en belleza con este monumento morelense.

En los espacios que dejan descubiertos las ondulaciones de la serpiente, hay, en algunos, un cuadro que enmarca un raro e inidentificado signo, flaqueado por dos virgulas flamísimas, en tanto que sobre el cuadro mismo se retuercen dos llamas estilizadas lamiendo una especie de anafre. En otros espacios está una figura humana, no en cuclillas, como un Buda. Su perfil, muy distinto al de nuestros indios, tiene no sé qué de palenquiano o de egipcio y mira hacia un tiatoll o signo de la palabra, bellamente estilizado, como una sabia representación de la elocuencia sagrada. La cabeza está tocada con un quezaltlalpinolli o preciosa corona de colgante plumas, muy semejante, como advierte Peñafiel, al relieve de nácár de Tula. La mano derecha de este sacerdote (pues símbolo del sacerdocio es sin duda), toca o parece tocar la tierra, en tanto que la izquierda señala al cielo, lo cual me recuerda estas frases de Sahagún: "Usaban una ceremonia generalmente en toda la tierra, y era que cuando entraban en un lugar donde había imágenes de los indios, luego tocaban en la tierra con el dedo, etc." y cuando jura-

ban, decían: "Por vida del sol, (y señalaban el cielo), Por vida de nuestra Señora la Tierra (y luego tocaban con los dedos en la tierra y llegaban a la boca y lamíanlos, y así comían la tierra haciendo juramento)" que no haré falta a lo que tengo dicho".

Las figuras restantes, que aparecerán en estos paramentos, en los frisos y en el segundo cuerpo, son más extrañas todavía: Un brazo con una flecha, que me recuerda el mito de Acumáitl, una dentadura abierta ante un disco dividido en cuatro secciones, como si se hubiera querido representar el tiempo destruyendo las cuatro edades; un coyote tocado con un caracol, dos piernas sobre un estanco, otras dos sobre tortugas, alusivas acaso a un período lacustre o de inundaciones; gotas que caen, plumas que cuelgan... Todas estas desconcertantes figuras grabadas con incomparable maestría en enormes losas de pórfido traquítico unidas entre sí, no por argamasa, sino por ajuste.

Abajo y en torno del monumento, se ven restos de fortificaciones desmanteladas que dominan el curso de Temembe y que al decir que Tognó, pertenecen al sistema poligonal, aunque muy imperfecto. «Sus entrantes y salientes, sus plazas de armas, mesetas y reducidos, presentan siempre un ángulo de 90 grados, y revelan en sus constructores, avanzadísimos y sorprendentes conocimientos técnicos». A su vez, el cerro está cruzado por numerosos subterráneos, en los cuales sólo se han podido encontrar restos de una cerámica tosca y primitiva, según Noguera.

# Embarazo y parto en época prehispánica

Isabel Garza Gómez

En el México prehispánico se consideraba que la concepción era determinada por los dioses, es decir, además de la relación sexual existía una intervención divina en el embarazo. Desde la concepción hasta el momento del parto, el proceso reproductivo estaba íntimamente relacionado con la religión.

Al darse cuenta la mujer de su embarazo, primero se lo comunicaba a sus padres. Días después reunía en su casa a los principales del pueblo, a los padres del esposo y a los de ella. Al finalizar la comida y la bebida se iniciaba una serie de discursos en los que intervenían la mayor parte de los invitados. El primero en hablar era un anciano por parte del esposo, quien sentado en cuclillas en el centro de la habitación mencionaba, entre otras cosas, que a este joven y recién casada quiere nuestro señor hacerle misericordia y poner dentro de ella una piedra preciosa y una pluma rica, porque ya está embarazada. El segundo orador decía que ya habían oído que nuestro Dios quiere dar frutos de generación a la recién casada. En general, todos los comentarios giraban en torno a la intervención divina en el embarazo y a las recomendaciones para que éste llegara a feliz término. En respuesta a los oradores, la embarazada agradecía los consejos y finalizaba diciendo: señores, habéis oído la causa por la que habéis venido. ¿Tendré por ventura sacar a la luz lo que está comenzando?, ¿O por ventura perderé este beneficio y no gozaré de mi criatura? Esperemos en nuestro señor.

En una segunda reunión y con los mismos invitados, se elegía a la partera que debía cuidar el embarazo y atender el parto. Por parte del esposo, un familiar del sexo femenino era el encargado de avisar a la partera. Era costumbre que durante el embarazo la mujer se bañara en el Temazcalli, y al salir de este fuera explorada abdominalmente por la partera. La doctora indicaba a la futura madre que no se expidiera durante períodos largos al fuego o al sol; que tuviera una vida sin sobresaltos, penas, criatura no naciera lado; que no ayunara; que no comiera tierra; que en los primeros y últimos meses de embarazo se abstuviera del acto carnal; que evitara la tristeza y el llanto; que no levantara cosas pesadas; que no corriera, que comiera abundantes y ricos guisados; que satisficiera sus antojos; que no trabajara mucho en los quehaceres domésticos y que tuviera descanso y reposo.

Existía también algunas creencias para evitar problemas serios en el desarrollo del embrión y del feto. Entre éstas se encontraban el que la mujer embarazada no podía ver a los que ahorcaban o a los que les daban de garrotazos, ya que el niño nacería con el cordón umbilical enrollado en el cuello. Tampoco debía observar los eclipses solares o lunares, porque entonces el niño tendría labio leporino.

Llegado el momento del parto, a la mujer se le bañaba y se le daban a tomar dos tipos de bebidas diferentes con el propósito de apresurar el trabajo de

parto. Entre rezos y rezos, la partera invocaba a las deidades y estimulaba a la parturienta para que cooperara activamente. Si la criatura venía acomodada de lado o atravesada, la partera trataba de enderezarlo, pero no siempre tenía éxito, por lo que en ocasiones el nonato no lograba vivir. En ese caso, los familiares debían de autorizar que se destrozara el cuerpecito para poderlo sacar del vientre de la madre. Pero a veces los padres se oponían a esta acción. Entonces, la partera dejaba sola a la parturienta en un cuarto en el que generalmente moría.

Este tipo de muerte brindaba a la mujer la oportunidad de convertirse en diosa, se transformaba en una de las chihuahuetes que acompañaban al sol desde el centro del cielo hasta el punto del ocaso, sitio en que el astro rey era recibido por los guerreros muertos en combate. Las mujeres así divinizadas podían bajar a sus casas para buscar sus instrumentos de hilar y de tejer, y en ocasiones incluso podían hacerse visibles ante sus esposos.

Durante el cortejo fúnebre de la mocihuahuetzqui, que significaba mujer valiente, partera y ancianas luchaban, con rodela y espadas, contra los soldados jóvenes que intentaban cortar el dedo medio de la mano izquierda y el cabello de la difunta. Los soldados consideraban que al colocar el dedo y el cabello de la mujer que falleció en su primer parto en el interior de sus escudos, les confería fuerza y valor, por lo que serían invencibles en la guerra. Por su parte, también los hechiceros trataban de apoderarse del brazo y de la mano del lado izquierdo para utilizarlos en sus encantamientos. Por este motivo, las cuatro noches siguientes al entierro, el esposo y amigos cuidaban la tumba para evitar que se robaran el cadáver.

Cuando el parto era normal y sobrevivían madre e hijo, entonces la partera cortaba el cordón umbilical; si era varón, lo daban a los soldados para que lo llevaran a enterrar en el campo de batalla. Si era niña, lo enterraban cerca del hogar. El recién nacido, era colocado en la cuna, como se ve en la lámina LVIII del Códice Mendocino, y a los cuatro días la partera lo sacaba a bañar al patio de la casa.

En la casa de la mujer que había dado a luz, encendían un fuego al que cuidaban con esmero para que no se apagara durante cuatro días seguidos, ya que creían que de esto dependían la buena ventura del recién nacido. Vecinas, amigas y parientes, junto con sus hijos, iban a visitarla y a conocer a la criatura. Pero antes de entrar protegían a los niños poniéndoles cenizas en las sienes y en las articulaciones.

En varias ocasiones se ha mencionado el papel determinante que tuvo en las culturas precolombinas la concepción mágico-religiosa del universo, de la naturaleza, etc. Así pues, la reproducción humana, en aquella época, no fue sino uno más de los aspectos estrechamente relacionados con el concepto dualístico de vida-muerte, originado precisamente por este tipo de concepción.

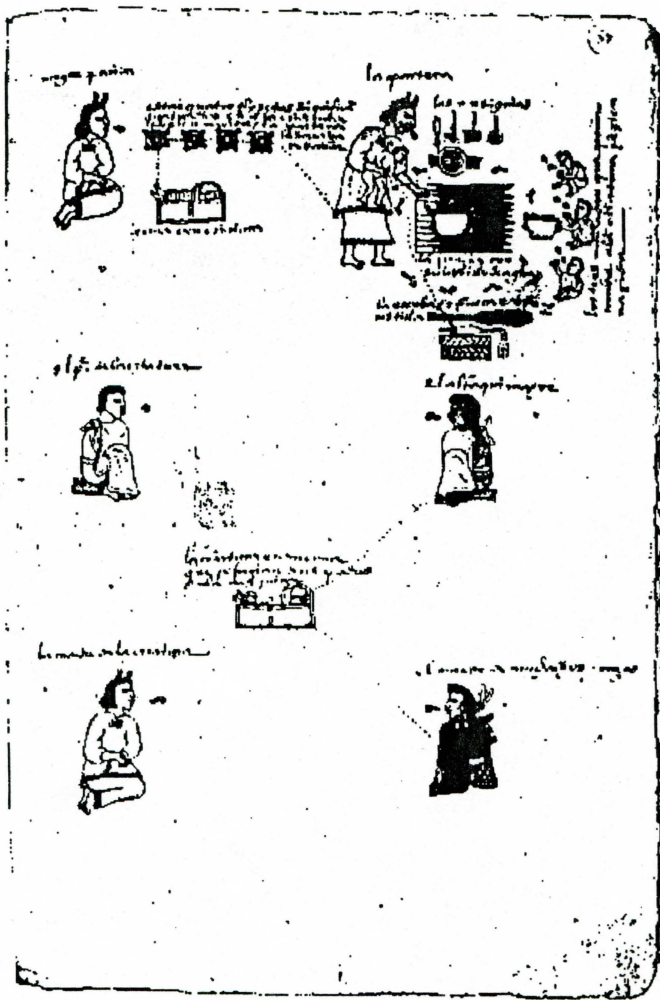


Lámina LVIII del Códice Mendocino

## Xochicalco

Viene de la página 12

Y bien, sin apelar al recurso de encubrir una ignorancia de fondo con una terminología suntuosa, como suelen hacerlo filósofos, médicos y arqueólogos, ¿qué es Xochicalco? ¿Significará como pretende Palacios, la representación de la cuarta época, la época presente, regida por Xochiquetzalli, la diosa de las flores? ¿Habría sido construido en 739 por el rey tolteca Nahuhtzín, como conjetura Lotzbe? ¿Un templo a la diosa de las flores, donde no está representada flor alguna? ¿Los toltecas? ¡Oh, los toltecas no son más que el «joker», el «comodín» de la baraja arqueológica. Es el nombre que nos excusa de entregar datos positivos, como el de los pelagos excusaba a los griegos de confesar su ignorancia?... Ya lo dijo Humboldt... Pero ¿quienes fueron los toltecas? -se preguntó Plancarte y Navarrete, y a través de su «Protohistoria», la más erudita de nuestras obras arqueológicas, la raza que pareciera realísima, si no se fabuliza tanto como la de los olmecas y los xicalanca, adquiere algo de las nieblas de un mito.

En la imposibilidad de resumir en estas breves líneas la extensa monografía que hemos escrito sobre Xochicalco, sólo podemos apuntar, mejor aún, insinuar unas cuantas conclusiones: ¿Qué cosa puede significar una serpiente que se toca la cola con la boca (en la fachada principal que, como en las antiguas catedrales cristianas, es la que mira al ocaso)? ¿Una serpiente a fuer de reptil, es el símbolo de la tierra, exornada con caracoles, absurdos, en un pueblo tan distante del mar, y dotada de alas, que sugieren el cielo? Tierra, mar y cielo, en una serpiente que alegoriza el infinito, en el eterno símbolo del círculo ¿no son acaso las representaciones de la Creación?...

¿Y a quién atribuir el monumento? ¿A los tlahuicas que poblaban la región? Eran demasiado rudos para ello. Creemos que Xochicalco es el punto de transición entre dos grandes civilizaciones, la náhuatl y la maya y pertenece bastante más a la primera que a la segunda. Fue construido, posiblemente en la fecha que señala Lotzbe, por una raza de hombres de baja estatura. Pero por mucho que nos esforcemos, no es posible desarrollar en este sitio una tesis que abarca demasiados puntos. Por lo demás, acaso ni valdría la pena. Al cabo de años y años de estudiar Xochicalco hasta en sus más nimios detalles de sujetario a la mas minuciosas comparaciones, me siento inconforme de mis mismos estudios. Esos sacerdotes palenquianos, esas posturas búdicas, esa cronología que ya se parece a la náhuatl, pero que es más bien un antecedente de ella, esas reminiscencias de los monumentos de Chichén-Itza y del Mississippi, esa maestría de los labrados, que revela una civilización avanzadísima, son demasiado enigmáticas para que en unas

cuantas líneas pretendamos desentrañar sus secretos.

Debemos sin embargo, terminar este artículo consignando nuestra sospecha de que en Xochicalco hay dos culturas superpuestas: una, la más antigua, pero la más brillante, la de los constructores del templo; otra, la de los escultores de los ídolos de Tetlana y Miacatlán, así llamados por los pueblos a los que los trasladaron del cerro Coatzi que fue, acaso, el asiento de un culto posterior a Xochiquetzal, que posiblemente dió

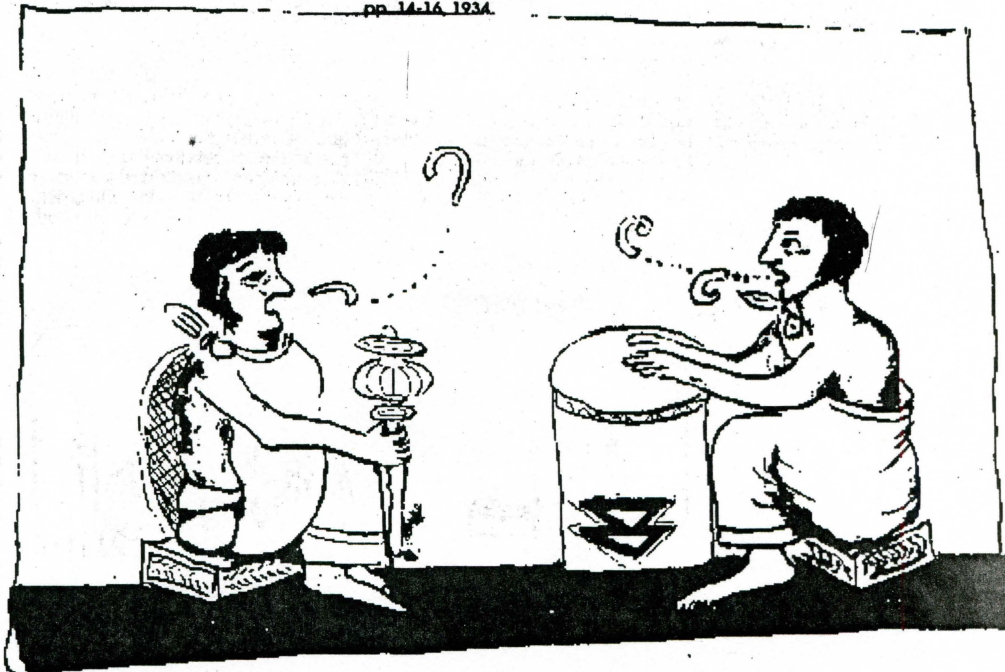
## FE DE ERRATAS

En el Tamoanchán número 6 con fecha 18 de noviembre de 1996, en el artículo "El ferrocarril México - Cuernavaca" se omitió el nombre del autor: Alma Graciela de la Cruz Sánchez.

origen al nombre de Xochicalco de la comarca.

Comp. Irene Domínguez L.  
Fots. por: La Nature, tomada de: «La Acrópolis de Xochicalco» de: Fuente, Beatriz de la. (et.al.)

Autor: S. Domínguez Asslayn  
Revista: MAPA, T. I, No. 2,  
pp. 14-16, 1934.



"Los Cantores"

## Editorial

Viene de la portada del suplemento

viene. Nadie le responda palabra, porque el que le responda tendrá que irse con él". Los músicos estaban vestidos de colores: blanco, rojo, amarillo y verde; pero cuando el los llamó nadie quiso contestar hasta que uno de ellos lo hizo y tuvo que irse con el dios del Viento. "Este es el que al llegar a la tierra dio a los hombres toda música con que ahora se regocijan" (Samuel Martí, Canto, danza y música precortesiana, Ed. F.C.E. México 1961, P. 104 s.) Durante el período colonial de las capillas de Indios, estos conservaron sus cantos que comenzaron a tener aparentemente, nuevos contenidos religiosos. Motolinía cuenta que después de que congregaron a los hijos de los principales en los monasterios les enseñaron oficios, idiomas: latín y romance castellano, les enseñaron a copiar textos en romance y, al tercer año, "les

pusieron en el canto, y algunos se reían y burlaban, y otros los estorbaban a los que comenzaron a enseñar porque decía que no saldría con el canto, así porque parecían desentonados, como porque mostraban tener flacas voces.... pero no sólo desprendieron y salieron con el canto llano, mas también con el canto de órgano" (IDEM). La historia de los pueblos esta llena de noticias acerca del desarrollo musical que se siguió durante los siglos XVII y XVIII y que fiñieron a la música de regionalidad: las décimas veracruzanas, los sones huastecos, las pircuas michoacanas, las bandas de ciento oaxaqueñas, los corridos morelenses; así, hasta el atardecer del siglo XX cuando la música extranjera llega arrasadora con todo el respaldo del poder mercantil bajo resguardo militar del Gran Hermano que nos encuentra en debilidad no sólo

económica sino también cultural y pretende erigirse en el árbitro de la música también. Pero existen indicios de rescate cultural que seguramente llegará también a la música para retomar nuestra tradición de "flor y canito" con pueblos como Tlayacapan, Quebrantadero, Tetela del Volcán y otros que se han convertido en reductos de la cultura musical arrastrando creativamente en su bagaje los polvos de la modernidad para dejar el testimonio de nuestro tiempo con todas sus flaquezas y grandezas.

Todavía podemos esperar que el siglo XXI despierte con las mañanitas de nuestra cultura musical testimonios en nuestra propia, aunque difícil, historia, se levante como nuestro reivindicador cultural y nos sitúe sobre el camino de nuestra propia historia; Felicidades a la Cecilia y sus músicos.